

calibrite

colorchecker classic



Sig.: FA-599(11)

FA-599-(10)

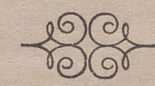
EL  
SANTÍSIMO ROSARIO

POR

**CAMPAZAS**



CON LICENCIA ECLESIASTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25340

100mm

EL BUEN  
COMBATÉ

1896

FA-599-(10)

EL  
SANTÍSIMO ROSARIO

POR

**CAMPAZAS**



CON LICENCIA ECLESIASTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25340

MCD 2022-L5

---

*Es propiedad*

---





I.

**El mejor de los Guzmanes.**

¡Viva María,  
Viva el Rosario!  
¡Viva Santo Domingo  
Que lo ha fundado!



ORRÍAN los primeros años del siglo XIII. La situación de la Iglesia por aquel tiempo era una de las más azarosas y lamentables que se han conocido en la historia. El clero estaba corrompidísimo; el más desenfrenado libertinaje campeaba por todo el mundo; los beneficios eclesiásticos se

compraban y vendían, como las mercancías se compran y se venden en la plaza; era general la relajación de costumbres, y en medio de tanta maldad y perversión se habían olvidado de Dios las gentes hasta tal punto que ni practicaban actos de religión, y eran miradas como curiosidad las ceremonias del culto católico. En la parte meridional de Francia, especialmente, y sobre todo en el Languedoc y el Delfinado, pululaban los albigenses y otras innumerables herejías, los altares eran destruídos, los templos desolados, los ministros del Señor asesinados, y la fe católica naufragaba en medio de tan general desolación.

Dios entonces en un arranque amoroso de su infinita misericordia envió un apóstol al mundo para remediar tantos estragos. Este hombre extraordinario enviado por Dios fué un esclarecido español de noble prosapia, y su nombre era Domingo de Guzmán.

Santo Domingo de Guzmán recorrió, pues, con incansable celo todas aquellas comarcas, predicó con fervor apostólico las verdades de la santa fe, combatió sin tregua ni descanso á aquellos herejes; y con

la santidad de su vida y con prodigios y milagros hizo brillar y resplandecer la fe católica, que siempre en sus correrías apostólicas predicaba.

Pero con tantos sudores y fatigas, con tanto celo y solitud, y con ser muy abundante el fruto que á todos estos desvelos se seguía, no era tanto como Santo Domingo deseaba y como demandaban de consumo las necesidades del mundo y la desolación de la cristiandad.

Desconsolado el Santo y entristecido sobremanera, abandonó el campo de sus campañas apostólicas y retiróse á una cueva situada en un lugar solitario. Allí se encomendó muy de veras á la Reina de los cielos, que era el refugio del Santo en todas sus tribulaciones, y con lágrimas y suspiros, con ayunos, oraciones y penitencias logró finalmente ver á la celestial Señora en inefable aparición.

Venía la Santísima Virgen rodeada de Angeles, y traía en sus manos preciosísimas el Santo Rosario; y enseñándole á Santo Domingo, le dijo:

«Domingo, hijo mío queridísimo, aquí tienes presente á la que con tantas ansias





y tan de veras has llamado; prosigue, y puedes estar seguro de que siempre me hallarás inclinada á tus ruegos. Predica á los hombres, desde hoy en adelante, mi Rosario, fijando en los corazones de esa ciega gente y de todos los que te escuchen, los misterios de la Encarnación, vida, Pasión y muerte de mi Hijo, y créeme que será dulce y copioso el fruto que cosecharán las almas... Predica, pues, mi salterio, acomete confiado á los enemigos; propaga esta oración, y verás maravillas que obrará la divina y admirable Omnipotencia.»

Instruído de esta manera el Padre Santo Domingo por la Santísima Madre de Dios (dice el P. Morán), comenzó á predicar el Santo Rosario de María, y desde entonces se obró una transformación tan prodigiosa en sus oyentes, que los herejes abandonaron sus errores, los pecadores se convirtieron, y por todas partes florecían el fervor y la piedad. Enfervorizados los fieles (añade el Papa San Pío V), enfervorizados con las meditaciones de los misterios y con las demás oraciones, se transformaron de repente en otros hombres; las tinieblas de las herejías desaparecieron, y la luz de la

fe católica triunfó por completo en todas partes. En todos los lugares los Padres Predicadores fundaron Cofradías, y el pueblo en masa fué con la mayor presteza y alegría á inscribir sus nombres en los registros. Restablecióse la justicia en el gobierno de los príncipes, como dice el Padre Claret, la paz en los reinos, la santidad en las Comunidades religiosas y en las casas particulares. Los más grandes pecadores se convirtieron á santa vida; en los templos reapareció la reverencia y devoción, y la Iglesia entera recobró la perdida tranquilidad. Y era tanto el amor que las gentes profesaban á Jesús y á María Santísima, y cantaban con tanto fervor las divinas alabanzas, que parecía que los Angeles del cielo habían bajado á la tierra y habitaban entre los hombres.

Ahora bien, diremos acomodándonos á las enseñanzas del Papa, si el mundo se salvó en el siglo XIII por el Rosario y la Cuerda de San Francisco, ¿no podrá salvarse también por el *Rosario* y la *Cuerda* en el siglo XIX?

## II.

## Hechos y dichos.

Cadena es de perlas finas  
 Con corales engarzadas,  
 Serie de joyas sagradas,  
 Sarta de perlas divinas.



ON la fervorosa predicación del gran Patriarca Santo Domingo el Rosario llegó á ser como dijo el P. Ortúzar, la insignia predilecta de los señores y del pueblo, de guerreros y de magistrados. Blanca de Castilla lo recitaba cada día; Luís XI lo llevaba al cuello; Eduardo III de Inglaterra regaló un Rosario de perlas al insigne caballero de Francia Eustaquio de Ribomont, y el famosísimo condestable Montmorency rezaba á caballo el Rosario al frente de su ejército.

En el siglo XV se apareció al Beato Alano la Santísima Virgen llena de luz y de hermosura, y le encargó que él y sus hermanos los Padres Predicadores restableciesen en el mundo la devoción del Santísimo Rosario; y á ello se dedicó con tan fervoroso ahinco el Beato Alano, que ha merecido ser llamado el primer Apóstol del Rosario después de su Padre Santo Domingo.

El dulcísimo San Francisco de Sales, devotísimo de Nuestra Señora, hizo voto especial de rezar diariamente durante toda su vida el Santísimo Rosario, y lo cumplió escrupulosamente hasta la muerte.

«Hijo mío, decía el gran Felipe II á Felipe III, si quieres gobernar bien tus reinos y mantenerlos en paz, lleva siempre contigo el Rosario.»

«En el Rosario, decía Santa Teresa, he hallado los atractivos más dulces, más suaves, más eficaces y más poderosos para unirme con Dios.»

«Con mi Rosario, añadía el Beato Juan Masias, he sacado de las penas del purgatorio á más de un millón de almas.»

Al angelical San Juan Bérchmans, de la Compañía de Jesús, píntanlo siempre con

el libro de las Reglas, con el Crucifijo y el Rosario, pues decía que estos tres objetos eran el regalo más dulce de su alma. También le pintan siempre con el Rosario á San Alfonso Rodríguez, humildísimo coadjutor, ó si se quiere, lego de la misma Compañía, por el amor que profesaba á esta prenda de la celestial Señora que tantas veces le regaló con sus visitas.

Cuéntase en la vida de San Francisco Javier, que caminando San Ignacio de Loyola y sus compañeros por tierras de herejes, llevaban siempre el rosario al cuello por hacer pública profesión de católicos, sin temor á las injurias y desprecios que continuamente padecieron, y no temiendo tampoco á la muerte, reputándose por el contrario muy venturosos si la hubiesen hallado en su camino.

«Si en nuestras casas y talleres, dice el celeberrimo Don Bosco, fundador de los Salesianos, si en nuestras casas y talleres se rezara habitualmente el Rosario de María, tendríamos fundados motivos para esperar que cesaran los azotes que nos afligen, florecería la Religión, y lucirían para nosotros días de paz y de bonanza.»

«Jamás será tenido por buen cristiano quien no reza el Rosario,» dice el P. Claret. «Su rezo constante, añade monseñor Segur, es fecundo manantial de gracias espirituales y también temporales.» De esta verdad ha nacido sin duda aquel dicho popular castellano que dice así: «Donde se reza el Rosario nunca falta lo necesario.» «¡Oh! exclama San Alfonso Ligorio, ¡cuántos por medio del Rosario se han librado de sus pecados, cuántos se han convertido á una vida santa, cuántos han tenido una buena muerte y se han salvado!»



## III.

## Pío IX y el Rosario.

Amarrado al bajel del Rosario  
 Un cautivo cantaba sus penas:  
 «Rompe, oh Virgen, mis duras cadenas  
 Y átame las del Santo Rosario.»



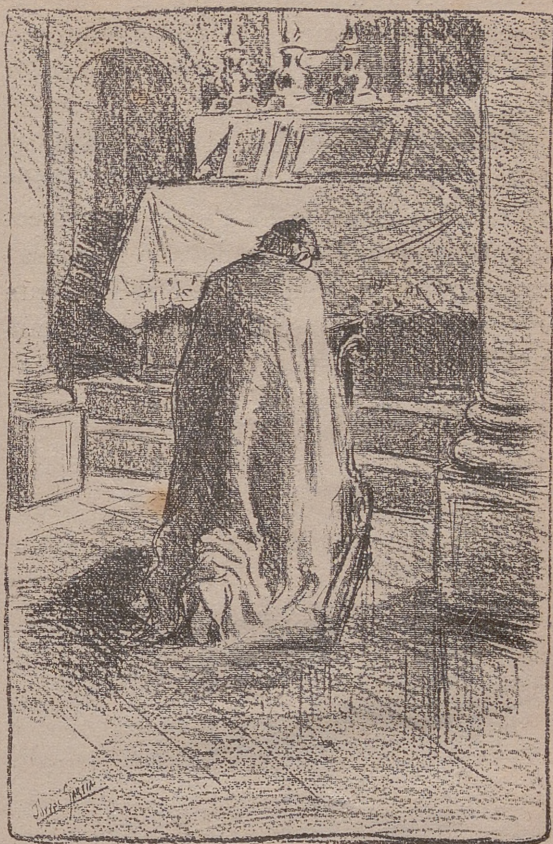
El gran Pontífice Pío IX tenía en tanta estima la devoción del Santísimo Rosario, que en sus Alocuciones se complacía en hablar de su belleza y de la necesidad de propagarla. He aquí alguna de sus preciosas palabras:

«Entre todas las prácticas de devoción ninguna hay más enriquecida por la Iglesia de indulgencias y favores y confirmada por el cielo con más milagros, que la del Santísimo Rosario.—En el Rosario fundo las mayores esperanzas para el triunfo de la Iglesia y para la destrucción de las monstruosas herejías que en nuestra época de-

solan la Iglesia y la sociedad.—Valor, hijos míos, decía una vez á los peregrinos belgas, os invito á combatir los males de la Iglesia y de la sociedad, no con la espada sino con vuestro Rosario.—Voy á daros un consejo, decía en otra ocasión: rezad el Rosario en familia todas las noches; nunca omitáis esta oración tan sencilla y que tiene concedidas tantas indulgencias: el Rosario es el mejor medio de aumentar en el corazón la devoción de María; el Rosario es la oración más bella (*pulcherrima*) y la más rica en gracias (*gratiis cumulatissima*); y es para la Santísima Virgen una oración más agradable que todas las demás. Amad el Rosario; rezadle con amor y devoción: sea este encargo el testamento que os dejo para que os acordéis de mí. Decid finalmente á todos los fieles que el Papa no se contenta con bendecir los rosarios, sino que también lo reza todos los días, y que invita á todos sus hijos á que le imiten.»

Todos los días efectivamente se retiraba Pío IX al anochecer á una ú otra de las tres capillas que había dedicado á Nuestra Señora del Rosario en el Vaticano; y allí devotamente arrodillado, rezaba el Santo Ro-





Charles Martin

sario con todas las personas que le acompañaban. Ningún asunto, por grande que fuese su importancia, le impedía ofrecer cada día á la Santísima Virgen este piadoso tributo.

Muchas veces, cuando el Papa era libre, visitaba el altar de Nuestra Señora del Rosario en la iglesia de los Padres Dominicos durante la octava que cada año le consagra la Iglesia; y cuando se ofrecía algún negocio difícil, veíase al Papa orar por mucho tiempo ante este altar de su predilección. (*Vida íntima de Pío IX*).



## IV.

## La aparición milagrosa.

Siempre le llevo conmigo,  
 Y al rezarle te bendigo  
 Con el arcángel Gabriel;  
 Por eso siempre consigo  
 Tu auxilio al clamar con él.



COMENZARON los primeros meses del año de 1858. En Lourdes, aldea francesa, completamente desconocida hasta entonces, aparece por segunda vez á cierta sencilla y cándida aldeana llamada Bernardita, una hermosísima Señora con vestiduras blancas como la nieve, medio cubierta la cabeza con un velo también blanquísimo, que envolviendo en sus castos pliegos la espalda y lo alto de los brazos, bajaba casi hasta el fin de la falda: un cinturón azul como el firmamento y

medio anudado al rededor del cuerpo colgaba en dos largas franjas, que casi también llegaban al nacimiento de los pies.

Bernardita obediente á la voz de sus superiores, preguntaba á la Visión celestial:

«¡Oh Señora mía! ¿queréis tener la bondad de decirme quién sois y cómo os llamáis?»

La Divina Aparición abrió por fin sus virginales brazos y los levantó hacia el cielo; volvió á unirlos con fervor, y mirando otra vez al cielo con sentimiento de indecible gratitud, pronunció estas palabras que eran contestación á la incesante pregunta de la inocente niña: SOY LA INMACULADA CONCEPCIÓN.

Este suceso acaecido en pleno siglo diecinueve, ha sido uno de los que han tenido más resonancia en el mundo entero. Un santuario famosísimo y celebérrimo desde entonces, levantó la piedad de los fieles en aquellas rocas, y en ellas prodiga continuamente la Santísima Virgen tesoros y raudales de favores, gracias y milagros; de todo lo cual son testigos todas las naciones católicas que, como á devotísimo jubileo y gananciosa romería, acuden con-



NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

tinuamente á beber el agua de la fuente que milagrosamente brotó en la soledad de aquel desierto.

Y desde que acaecieron estos prodigios, muchos que no creen ó que dudan, acuden también al lugar de los milagros, y allí escuchan por do quiera las mismas palabras que dijo Jesucristo á los discípulos del Bautista: *Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y el Evangelio es anunciado á los pobres.*

Pero notamos en esta aparición una circunstancia singularísima.

Cuando la Santísima Virgen se apareció á Bernardita no llevaba por arreos ni sortijas, ni collares, ni joyas, ni diademas, ni otro alguno de esos adornos y brinquillos con que se engalana la vanidad.

Un *rosario* de cuentas blancas como las gotas de la leche, y de engarce amarillo como el oro de las mieses, colgaba de las manos de la Virgen unidas con fervor. Las cuentas del rosario deslizábanse unas tras otras entre sus dedos. Sin embargo, los labios de aquella Reina de las vírgenes permanecían inmóviles. En lugar de recitar el

Rosario escuchaba quizá el eco eterno de la salutación angélica y el murmullo inmenso de las invocaciones y plegarias emanadas de la tierra. Cada cuenta que tocaba era, sin duda, toda una lluvia de gracias celestiales que corrían sobre las almas como las perlas del rocío en el cáliz de las flores (1).

Bien claro daba á entender por lo tanto la Santísima Virgen en su maravillosa aparición á Bernardita que la joya que más aprecia su alma, que el tesoro que más estima su corazón, que el arreo con que más la engalanan sus devotos, que la diadema que con más agrado ciñe á sus sienes, que las palabras que más regaladamente suenan en sus oídos, son la joya, el tesoro, la diadema, las palabras, la meditación, la recitación y la práctica de su Santísimo Rosario.

Sabedlo, pues, y alegraos, ¡oh devotos de María! La Inmaculada Concepción de Lourdes es verdaderamente la Virgen del Rosario.

(1) Lasserre: *Nuestra Señora de Lourdes*.

## V.

## La voz del Papa.

La Reina de los cielos  
 Con su Rosario  
 Romperá las cadenas  
 Del Padre Santo.



Las Encíclicas con que el sapientísimo León XIII ha adoc-trinado y gobernado á la Iglesia en su pontificado glorio-sísimo, forman una de las colec-ciones más bellas y brillantes que se conocen en la historia del orbe católico. Con razón se ha dicho y se dirá que este Sumo Pontífice es uno de los varones más eminentes que se han sentado en la Cátedra de San Pedro. Su solicitud pastoral ha atendido con exquisita providencia y con eminentísima previsión á todas las reformas de las instituciones de la Iglesia, y á todas las necesidades del inmenso rebaño de Jesucristo.

Pero con haber sido tan vasto el plan de



gobierno tan magistralmente desarrollado en las admirables Encíclicas de León XIII, con haber sido tan múltiples y de tanta magnitud los asuntos sobre que ha tenido que providenciar con tan sabio acierto y genial penetración; puede decirse que el tema obligado, el asunto favorito, el negocio de más interés y la enseñanza en que ha querido adoctrinarnos con más solícitud, con más empeño, con mayor constancia y más incansablemente ha sido el Santísimo Rosario de Nuestra Señora.

León XIII, en efecto, ha cantado y canta sin cesar sus alabanzas y loores, ha expuesto y ponderado debidamente sus ventajas, ha comentado admirablemente y con celestial sabiduría sus misterios, ha aumentado sus privilegios, ha enriquecido sus tesoros, ha consagrado oficialmente el mes de Octubre á Nuestra Señora del Rosario, lo ha recomendado en siete inmortales Encíclicas á los Prelados del mundo católico, y como celoso incansable misionero ha predicado esta cruzada á los fieles desde la Cátedra Apostólica, y su augusta voz ha resonado en todos los ámbitos del orbe.

Desde el 1.º de Septiembre de 1883 en que se promulgó la Encíclica *Supremi Apostolatus* sobre el Santo Rosario, hasta la última reciente Encíclica, son ya nada menos que siete los documentos solemnes en que haciendo León XIII oficios de Pastor, Padre y Maestro nos encomienda y recomienda incansablemente, con importunidad paternal y santa, y con apostólico celo y apostólica autoridad, la saludable y provechosísima devoción del Santísimo Rosario, al cual se ha debido ya por dos veces la salvación de la fe católica en el mundo: una en el siglo XIII y en tiempos de Santo Domingo, y otra en los días del gloriosísimo Pontífice San Pío V.

Esta es ahora también la más firme y consoladora confianza del Papa; en ella estriba toda la esperanza de su paternal corazón; de aquí nace ese celo apostólico con que el Vicario de Cristo, en cuyo santo nombre hablan siempre los Pontífices en sus Encíclicas, habla, explica, enseña, invita, recomienda, convida y manda que en todo el mundo y por todos los confines de la tierra reviva y florezca el Santo Rosario, que se extienda su culto, que se

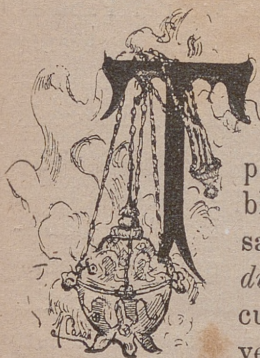
propaguen sus alabanzas, que se prediquen sus excelencias y que se rece con todo el fervor del alma, para que se cosechen más abundantes frutos, y para que llueva del cielo un torrente de bendiciones sobre la tierra, y luzcan nuevos días de bonanza para la combatida nave de la Iglesia católica, en cuyo seno, como en el arca de Noé, se cifra la salvación de todo el mundo.

Católicos españoles: la voz del Papa es voz de Dios. Quien no escucha reverente al Papa, quien no obedece sus mandatos, quien no secunda sus deseos, desprecia nada menos que al mismo Dios, en cuyo nombre y con cuya autoridad nos habla siempre. ¿Merecerá por lo tanto ser llamado cristiano fervoroso el que conociendo cuál sea la voluntad de Dios respecto del Santísimo Rosario, no se abraza con esta enseña de salvación, y no haga de ella la estima que tan incesantemente el Papa nos recomienda con tanta solícitud, con tanta solemnidad y en tantos y tan gravísimos documentos?

## VI.

## Consejo práctico.

Corona del firmamento,  
De Dios augusto Sagrario,  
Mi esperanza, mi contento:  
Dame gracia, dame aliento,  
Para cantar tu Rosario.



AL vez hayas oído decir, lector querido, que para ganar las innumerables indulgencias del Rosario es cosa precisa *meditar* sus misterios; lo cual bien merece una breve explicación para disipar dudas y evitar perjuicios.

Al decir, pues, que una de las condiciones para ganar las indulgencias (y aun para rezar *debidamente* el Santo Rosario, podríamos tal vez añadir), al decir, repito, que una de las condiciones es la meditación de los sagrados misterios de Cristo y de la Virgen, no se quiere dar á entender que

esa meditación ha de ser pensada y larga, reposada y detenida. Si así fuese, sería muy triste en verdad la condición de las pobres almas que no saben meditar, siendo así que el Santo Rosario fué precisamente traído y enseñado al mundo por la Santísima Virgen para que todos, absolutamente todos, chicos y grandes, ricos y pobres, sabios é inorantes se aprovechasen de los regalados frutos de tan preciosa devoción.

Para que mejor se comprenda lo que digo, supongamos, por ejemplo, que hoy nos toca rezar los misterios gozosos. El que pasa ó dirige el Rosario dice, verbigracia y palabra más ó menos: «Los misterios que hoy se han de contemplar son los gozosos: el primer misterio gozoso es la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen. Padre nuestro que estás en los cielos, etc.»

Pues bien: procura primeramente *representarte en la imaginación y reverenciar con el corazón* la escena que pasaría entonces entre el arcángel San Gabriel y la Santísima Virgen cuando el primero en nombre de la Santísima Trinidad le anunció que el Verbo Eterno tomaría carne en

sus entrañas sin detrimento de su virginal pureza.

Procura después hacer las siete peticiones del *Padre nuestro* de manera que todo lo que en esas peticiones se contiene lo pidas á Dios por los méritos de la Encarnación de Jesucristo. ¿No sabes ó no recuerdas que en las Letanías que se llaman *Mayores* y en otras que usa la Iglesia se dice «Por tu Encarnación, líbranos, Señor; por tu Nacimiento, líbranos, Señor; por tu Pasión y muerte, líbranos, Señor, etc., etc.» Pues bien, puedes también pedir lo que se pide en las siete peticiones del *Padre nuestro* en memoria y por los méritos del misterio que vayas contemplando.

Cuando luego recites la primera parte del *Ave María*, que, como sabes, es un hermosísimo tejido de alabanzas á la Santísima Virgen y á Jesucristo, procura unirte en espíritu á los afectos de admiración y alabanza que los Angeles tributarían al Corazón de Jesús y á María Santísima al contemplar las sublimes virtudes que ambos ejercitarían en el misterio que entonces estás conmemorando. Después de lo cual y cuando reces la segunda parte del *Ave*

*Marta*, que, como sabes también, es una ardiente súplica á la Madre de Dios, hazla fervorosamente como hiciste antes las peticiones del *Padre nuestro*, es decir, en memoria y por los méritos del misterio de que se trata.

Finalmente cuando llegues al *Gloria Patri*, aviva de nuevo y purifica tus intenciones refiriéndolo todo á la mayor gloria de la Santísima Trinidad, uniéndote en espíritu á Querubines y Serafines y á todos los Angeles de la gloria, que sin cesar están cantando aquel sublime Trisagio; uniéndote en espíritu también á la Santísima Virgen y á Jesucristo, que todo lo hicieron y refirieron siempre á la mayor gloria de Dios, Uno en Esencia y Trino en Persona. Alábale particularmente y dale gloria por el misterio que entonces vayas contemplando.

Pero si no puedes hacer buenamente todo esto, no te apures por ello, amigo mío; porque, como dice el autor del *Catecismo del Rosario*, por muy excelente que sea la práctica de representarse el misterio durante toda la decena, *basta una mirada afectuosa del corazón dirigida á cada mis-*

*terio despues de enunciado.* Recuerda también que el Sumo Pontífice Benedicto XII concede las indulgencias del Rosario á todos aquellos que no saben meditar los misterios, *con tal que se esfuercen por su parte en acostumbrarse en esta meditación,* que, como ya te he dicho y vuelvo á repetir, consiste única y exclusivamente en una mirada afectuosa del corazón dirigida á cada misterio en el momento en que se enuncia.

Esto no quiere decir que si sabes meditar desprecies toda otra meditación más detenida; antes al contrario, cuanto mejor medites los misterios, más te aprovecharás de los regalados frutos de vida eterna que en el Santo Rosario se contienen.

Y finalmente, amigo lector: ama con todo tu corazón y con toda tu alma esta celestial y salvadora devoción del Santísimo Rosario; pide constantemente á la Santísima Virgen, que Ella misma te enseñe á rezarle como es debido, y tú me dirás algún día por experiencia propia que no hay maestra más sabia y más divina que la celestial Señora, que es por derecho propio Maestra de los Apóstoles, de los Querubines y Serafines y de los más encumbrados espíritus celestiales.



## VII.

## El loro devoto.

Que la cristiana oración  
Jamás se remonta al cielo  
Si no le prestan su vuelo  
La mente y el corazón.



Si tenéis la piadosa costumbre de rezar todos los días sea privadamente ó en familia el Santísimo Rosario, procurad rezarle siempre con muchísima devoción; y no queráis nunca familiarizaros con ejercicio tan santo hasta tal punto, que lleguéis á rezarlo por rutina y nada más que por aquello de *cumplir* con vuestras devociones. Estos cumplimientos podrían pasar por las aduanas del mundo, pero á Dios y á la Santísima Virgen le disgustan siempre sobremanera. A cuenta de lo cual escribió hace ya algunos años el P. Cayetano Fernández, la siguiente donosa fabulilla:

Érase un loro maldito,  
 Que se gloriaba de santo  
 Porque siempre era su canto  
 El *Santo Dios* y el *Bendito*.

—Calle el necio y no eche plantas,  
 Dijo un grillo, y no te alabes;  
 Pues si cantas lo que sabes,  
 Nunca sabes lo que cantas.—

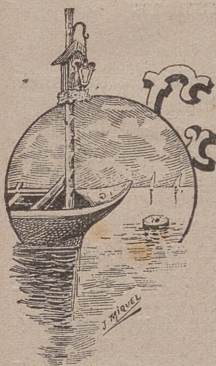
Mucha razón tuvo el bicho,  
 Y aun sus tiros se enderezan  
 A esos que rezan y rezan  
 Sin saber lo que se han dicho:

Pues la cristiana oración  
 Jamás se remonta al cielo  
 Si no le prestan su vuelo  
 La mente y el corazón.

En confirmación de lo cual cuenta Cervantes que una mujer acostumbraba rezar á Nuestra Señora tres partes de Rosario, pero aprisa y como por tarea. Apareciósele una vez la Santísima Virgen y le dijo: «Hija, ni á Mí me da gusto ni á ti te es provechoso rezar sin devoción y tan deprisa; y así, para en adelante, más quiero que reces una parte de Rosario despacio y con devoción, que tres partes sin devoción y tan á la carrera.»

## VIII.

## Los milagros del Rosario.



CUÁNTOS SON los milagros del Santísimo Rosario?

—A esta pregunta contesto preguntando yo á mi vez: ¿cuántas son las gotas de agua del Océano? ¿cuántas son las estrellas del cielo, cuántas

son las arenas del mar?

«Desde los tiempos de Santo Domingo, dice Pradel, todos los siglos, todos los pueblos y todos los ámbitos del mundo están llenos de las maravillas del Santísimo Rosario.» Y por esto dijo la Santísima Virgen al Beato Alano que para narrar todos estos prodigios serían necesarios volúmenes.

Esto lo decía la Santísima Virgen en el siglo XV.

Relataremos, sin embargo, algún prodi-

gio obrado por la mediación del Santo Rosario para que con esto se enfervoricen más los lectores de estas humildes páginas.

EN LA HORA DE LA MUERTE

No hay más rico talismán,  
Ni tienen numeración  
Las almas que al cielo van  
Por virtud de la oración  
De Domingo de Guzmán.

Cuenta monseñor Segur en sus *Veladas*, que un predicador del siglo pasado fué llamado cierto día para confesar á un joven á quien había sobrevenido un ataque de apoplejía.

¡Cuán agradablemente sorprendido quedó el confesor cuando al llegar al lado de este moribundo, que era un gran pecador, le encontró lleno de los más vivos sentimientos de dolor y arrepentimiento, y ofreciendo á Dios su vida en expiación de sus pecados!

No sabiendo el confesor á qué atribuir esta conversión, dirigió varias preguntas al joven, el cual le respondió:

—Padre, no puedo atribuir esta gracia



sino al favor de vuestras oraciones y de las de mi difunta madre; la cual estando ya para morir me llamó, y hablándome de los peligros de mi juventud me dijo estas palabras: «Hijo mío: la única cosa que me consuela es pensar que te dejo bajo la protección de la Santísima Virgen. Prométeme que rezarás todos los días su Rosario.» Yo entonces lo prometí; y éste es, Padre mío, el único acto de religión que he practicado.

El confesor reconoció en esta relación la protección visible de la Santa Madre de Dios, protección que se manifestó hasta el último suspiro del enfermo, cuya muerte fue de las más consoladoras y edificantes.

#### EL ROSARIO Y LOS LADRONES

De mi vida en el camino,  
Reina y Madre celestial,  
Libreme de todo mal  
Este talismán divino.

En el *Mare magnum exemplorum Sanctissimi Rosarii* encontré que acechando dos ladrones en un camino, y siguiendo los pa-

sos á un comerciante castellano que venía de una feria en donde había reportado muy pingües ganancias, no pudieron abordarle en toda la noche por temor á un gallardo mozo que iba acompañando al afortunado feriante, y conversando amistosamente con él.

Eran ambos ladrones, paisanos del feriante; y al día siguiente hubieron de preguntarle quién era aquel mancebo en cuya compañía viajaba la noche anterior, platicando con él con tanta intimididad. A lo cual contestó sencillamente el comerciante diciendo que había venido solo toda la noche, ocupándose durante el camino en rezar el Santísimo Rosario.

Andando el tiempo cayeron en poder de la justicia aquellos dos ladrones por otras fechorías, y entonces relataron este suceso, conviniendo todos en que el Santo Angel de la guarda del comerciante había tomado apariencia humana, visible únicamente para los dos criminales, á fin de libertar de un golpe de mano al devoto del Santísimo Rosario.

## LOS ROSARIOS DEL VETERANO

Pasen sartas con presura  
 Mis manos debilitadas;  
 Luego inmóviles y heladas,  
 Vayan á la sepultura  
 En tu Rosario enredadas.

Lleno de heridas languidecía en el hospital un veterano. El sacerdote que le visitaba le habló del Santísimo Rosario y le enseñó esta devoción; y el buen veterano se aficionó de tal manera á ella y la cobró tanto cariño, que sentía y deploraba no haberla practicado durante toda su vida. Pero queriendo resarcir de alguna manera el tiempo perdido, un día se dejó decir:

—Si la Santísima Virgen se digna concederme tres años más de vida, yo rezaré tantos rosarios como días he vivido sobre la tierra. Decidme, pues, ¿cuántos días tienen sesenta años?

—21,900, le contestaron.

—Y para rezar en tres años 21,900 rosarios, ¿cuántos rosarios tengo que rezar cada día?

—Veinte.



El simpático veterano tomó su rosario, y comenzó briosamente á emprender su tarea. A todas las horas del día se le veía incesantemente pasar las cuentas y rezar. Y al cabo de los tres años, transformado ya por su piedad y devoción, tuvo la dicha de ver realizados sus ardientes y piadosísimos deseos. La Santísima Virgen le había otorgado generosamente lo que él ansiaba; la muerte le estaba aguardando, y después de rezar el último Rosario, no vivió ni un día ni una hora más. Espiró dichosamente rezando la última *Ave María*.



## IX.

## Conclusión.

Heme á tu Rosario asido;  
 No me quiero desasir,  
 Ni lo tendrás en olvido;  
 Con tu Rosario he vivido,  
 Y con él quiero morir.



¿Qué más podríamos decir ya en elogio del Santísimo Rosario? El es el más divino salterio de María Santísima; el breviario de los hijos de la Virgen; el memorial de la vida de Cristo, de su Pasión y de su muerte, de su Resurrección y de su gloria, y de las glorias, de las penas y de los gozos de la Virgen: el Santo Rosario es sarta riquísima de perlas, en donde se engarzan hermosamente las tres oraciones más sublimes de la tierra y de los cielos; libro siempre abierto que puede leer el ciego, entender el niño, manejar el menestral y

la aldeana, sin que dejen de aprender en él cosas sublimes el sabio y el contemplativo; es arma fortísima y formidable de que todos pueden valerse con fortuna contra los enemigos del alma; es consuelo y recreación espiritual de los enfermos é impedidos, de los ancianos y achacosos: para el caminante es alivio, para el peregrino descanso y refrigerio, y para los Religiosos y para los pobres de Jesucristo es lujo y arreo con que suelen engalanar sus modestas ó toscas vestiduras, sin que le desdeñen tampoco las reinas y las grandes señoras; y es finalmente en el hogar cristiano, piedra de toque de la fe católica, y contraseña de la verdadera devoción, y algo así como el rezo de coro y como las horas canónicas con que se termina y da remate por las noches á las ordinarias faenas cotidianas.

El Rosario, ha dicho un ilustre apolo-gista moderno, es la lira de oro cuyas tres cuerdas son la *meditación*, la *súplica* y la *alabanza*; el Rosario es decoro y ornamento de la Iglesia, y azote de los demonios, en sentir de Adriano VI; árbol de vida que resucita muertos, cura enfermos y conserva á los sanos, según la gráfica frase de Ni-

colás V; contraseña de la verdadera devoción, prenda de la santa fe católica, compendio de todo el culto de Nuestra Señora, y signo de victoria sobre todos los enemigos del pueblo de Dios, como ha dicho nuestro Santísimo Padre León XIII.

Curaciones milagrosas, conversiones repentinas, súbitas ahuyentaciones de las potestades del infierno, arreglo de enmarañados asuntos temporales, acrecentamiento de riquezas, favores, portentos, prodigios, beneficios, maravillas y bendiciones de todo género brotan continuamente y á porfía del Santísimo Rosario, como brotan lozanos los ramos, las hojas, las flores y los sazonados frutos en árbol gigantesco, frondosísimo y milagroso bendecido por la mano del mismo Dios, autor de todo incremento y de toda fecundidad.

Pero como cifra y compendio de todo el inmenso cúmulo de riquezas y tesoros que se encierran en esa mina riquísima del Santísimo Rosario, cerraremos estos apuntes estampando á continuación las QUINCE PROMESAS QUE MARÍA SANTÍSIMA HIZO Á SANTO DOMINGO EN FAVOR DE LOS DEVOTOS DE SU SANTÍSIMO ROSARIO.

## X.

## Las quince promesas.



PRIMERA. El que me sirviere constantemente recitando mi Rosario, recibirá una gracia especial.

2.<sup>a</sup> A cuantos recen devotamente mi Rosario les prometo singular protección y grandes favores.

3.<sup>a</sup> El Rosario será un arma potentísima contra el infierno: destruirá los vicios, disipará el pecado y abatirá la herejía.

4.<sup>a</sup> El Rosario hará florecer la virtud y santidad; atraerá sobre las almas, copiosas misericordias de Dios; retraerá el corazón de los hombres del vano amor del mundo, para llevarlo al amor de Dios y encenderlo en el deseo de las cosas eternas. ¡Oh, cuántas almas se santificarán por esta devoción!

5.º El que á Mí se me encomienda por medio del Rosario, no perecerá.

6.º Todo el que recitase devotamente el Santo Rosario, con la consideración de los sagrados misterios, no será oprimido de la desgracia, no será castigado por la justicia de Dios, no morirá de muerte repentina, sino que se convertirá si es pecador, se conservará en gracia si es justo, y se hará digno de la vida eterna.

7.º Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin Sacramentos.

8.º Quiero que todos los que rezan devotamente el Rosario tengan fortaleza, y luz en su vida y en su muerte, y participen de los méritos de los bienaventurados.

9.º A los devotos de mi Rosario yo los libraré del purgatorio.

10. Los que hayan amado verdaderamente y practicado esta devoción gozarán en el cielo una gloria especial.

11. Todo lo que me pidieren por el Rosario lo alcanzarán.

12. Los que propagan mi Rosario serán socorridos por Mí en toda necesidad.

13. He alcanzado de mi Divino Hijo que todos los cofrades del Rosario tengan

como hermanos en vida y en muerte á los Bienaventurados de la gloria.

14. Los devotos del Rosario son mis hijos muy amados, y hermanos de Jesucristo.

15. La devoción de mi Rosario es señal evidente de predestinación.

—

Bendita sea, por lo tanto, y mil veces bendito el Corazón maternal de María Santísima, y bendito sea millares de veces su Santísimo Rosario, en el cual campea la celestial Señora con todo el escuadrón de las infinitas misericordias del Señor, de las cuales es divina tesorera y dispensadora.

*Te gestientem gaudiis, Te sauciam doloribus,  
Te jugi amictam gloria, oh Virgo Mater pangimus.*

*Ave Virgo, flagrans rosa,  
Gaudens, dolens, gloriosa,  
In Sacro Rosario.*

Salve, fragante Rosa;  
Salve, de Dios Sagrario;  
Virgen gozosa, Virgen dolorosa,  
Virgen gloriosa, Reina del Rosario.

Mes del del Sagrado Corazón de 1896.

A. M. D. G.

[Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page]



# ÍNDICE.



	<u>PÁGS.</u>
I.—El mejor de los Guzmanes. . . . .	3
II.—Hechos y dichos. . . . .	9
III.—Pío IX y el Rosario. . . . .	13
IV.—La aparición milagrosa.. . . .	17
V.—La voz del Papa. . . . .	22
VI.— Consejo práctico. . . . .	26
VII.—El loro devoto. . . . .	31
VIII.—Los milagros del Rosario.. . . .	33
IX.—Conclusión.. . . .	40
X.—Las quince promesas.. . . .	43

